

# **Istanblues**

por

Xavier Molina

*Todos los personajes que forman parte de la narración del libro son producto de la ficción.  
Cualquier parecido de los mismos con personas de la vida real es mera coincidencia.*

*En Enero de 1997 se supo que Chipre se disponía a comprar a Rusia misiles S-300 con objeto de ser desplegados en el sur de la isla, la única porción que controlaba desde que en 1974 los turcos invadieran el norte.*

*Los turcos protestaron de inmediato, difundiendo entre la opinión pública de su país que los S-300 eran capaces de alcanzar las ciudades más importantes de Turquía. Plegándose a los deseos del gobierno, los noticieros comenzaron a emitir inquietantes mapas donde se mostraban flechas que partiendo de las baterías del sur de Chipre impactaban en ciudades como Estambul, Izmir y Ankara.*

*De igual manera amenazaron con declarar la guerra a Chipre en caso de que osara instalar los misiles. Tal declaración de guerra habría arrastrado a Grecia a un conflicto bélico como principal aliado de los greco chipriotas, colocando además a la OTAN en una difícil posición puesto que tanto Ankara como Atenas eran miembros de la coalición.*

*El gobierno turco, aún sabiendo que el despliegue de los misiles no era posible antes de 1998, se apresuró a reforzar su presencia naval en el Mediterráneo enviando varios navíos de guerra desde su base en el Mármara, asegurando que registraría cualquier buque ruso , tanto si trataba de cruzar el estrecho del Bósforo como si se encontraba cercano a la isla. En caso de encontrar los misiles a bordo los requisaría de inmediato.*

*Durante varios meses hubo un intenso intercambio de amenazas entre Grecia, Chipre y Turquía.*

*En 1997, al principio del conflicto, se cree que los servicios secretos griegos enviaron un agente a Estambul para facilitar el tránsito de los misiles a través del Bósforo.*

*Esta es su historia.*

## Atenas, Grecia, febrero de 1997

Trabajaba en la tercera planta del edificio del NIS, el servicio de inteligencia griego. En una vasta sala sin tabiques ocupaba una mesa cercana a la división de informática. Frente a él, cara a cara, sólo separados por las pantallas de los ordenadores y una estratégica pila de archivadores se encontraba muy a su pesar Sotiris, el único individuo capaz de alterar su estado de ánimo. De vez en cuando aparecía con su sonriente y aceitunada carita oriental incrustada entre el ordenador y los archivadores, aunque para ello tuviera que incorporarse y apoyar toda la longitud del cuerpo sobre la mesa. Era el momento en que decidía de forma unilateral que quería conversar y el que más temía Gabriel. Si ya era complicado prestar atención a la abigarrada sucesión de nombres impronunciables que ocupaban toda la pantalla del ordenador aún lo era más apabullado por la sucesión de chismes y bromas estúpidas que le lanzaba su compañero. Al final era preferible atender la conversación que seguir con un ojo a Sotiris y con el otro el listado de nombres. Gabriel sólo rezaba una vez al día y era para solicitar a un Dios inventado que matara a Sotiris aquella misma noche.

A la pantalla de su ordenador llegaban a diario centenares de lo que llamaban "incongruencias". Gente que regresaba a Grecia cuando en realidad no constaba que jamás hubiera salido de ella. Individuos que viajaban demasiado a menudo a países en conflicto o relacionados con el contrabando de cosas turbias. Extranjeros con visados dudosos, presuntos terroristas, presuntos narcotraficantes, presuntos refugiados políticos que en realidad eran refugiados económicos o viceversa...El servidor central recogía los datos de los controles de pasajeros en puertos y aeropuertos, de los registros hoteleros y en general de cualquier punto de entrada o salida del país, tratando de emitir un aviso en tiempo real, algo que casi nunca conseguía. Si el algoritmo era demasiado estricto la policía aduanera habría retenido a la mitad de las personas que pretendían entrar a diario en Grecia. Si lo hacían demasiado laxo, tal y como solía ocurrir en verano, la policía era alertada muy de tanto en tanto y los sospechosos aprovechaban para colarse como falsos turistas. Al final, ante la duda, el sistema escupía los nombres en los terminales de los analistas.

Gabriel era uno de ellos. En el NIS había docenas de personas que escrutaban los listados de entradas y salidas intentando establecer hipótesis del por qué un individuo viajaba tan a menudo a países sospechosos por alentar el terrorismo, o el por qué un individuo volvía sin que constara que hubiera salido jamás de Grecia. Se pulsaba sobre el nombre y los datos ampliados aparecían en pantalla, a veces incluyendo enlaces a ficheros policiales o del mismo NIS. Pero eso era raro. En general sólo aparecía el nombre y los datos básicos, tal vez acompañados de una foto. Y a partir de ahí todo un proceso de montar una historia sobre una persona anodina que con toda probabilidad llevaba una vida todavía más anodina. La mayoría de los avisos eran falsos positivos. Si había suerte, tras una larga semana de trabajo, quedaban uno o dos nombres que merecían iniciar una investigación. A partir de ese momento Gabriel ignoraba lo que ocurría. No le incumbía y el departamento que realizaba la investigación estaba en otro edificio que le era totalmente ajeno. Nunca supo si algún aviso que hubiera generado había llevado a una detención. Gabriel era un simple analista cuyo único mérito para ocupar el puesto había sido hablar idiomas poco comunes. Tampoco deseaba mucho más. Desde que dejó de trabajar con su padre y perdió a Markela había decidido que la vida viniera a él en lugar de ir a buscarla. Así que lo que ocurriera con aquellos sospechosos le traía sin cuidado, ni siquiera para comprobar si estaba en lo cierto o había errado al añadir una excepción en el algoritmo de la unidad central. A veces, siguiendo inconfesables consignas, ignoraba los avisos y decidía que la persona sobre la cual el servidor central había lanzado una alarma no era merecedora de una investigación. Ese era su secreto y sólo requería el esfuerzo de pulsar la tecla de Escape. Ocurría pocas

veces y nadie se daba cuenta de la jugada. El resto de la jornada se consumía concentrándose de tal manera en el trabajo que cualquier idea o pensamiento propio quedarán aparcados durante unas horas. Por la noche miraba la televisión sin ver nada, frecuentaba las tabernas de ambiente izquierdista del centro de Atenas sin mezclarse con nadie o vagaba por la ciudad evitando los lugares que le recordaran a ella. Y así, cuando sus paseos sin sentido le llevaban por azar al lugar donde amó a Markela, daba media vuelta y se desvanecía maldiciendo el momento en que sus pasos traicionaban su deseo de olvidar.

Sotiris le chistó para llamar su atención. Por el pasillo central de la deshumanizada sala cruzaron Dimitrios Spanoulis y Alexios Korakakis con el rostro sombrío. Los dos hombres eran agentes veteranos que habían sobrevivido a todos los cambios políticos. Nadie sabía muy bien qué tarea desempeñaban en el NIS pero se les suponía un poder inmenso. Se rumoreaba que Spanoulis había tenido algo que ver con el golpe de estado organizado por Nikos Sampson en Chipre y que mucho antes, en su juventud, había organizado falsos controles policiales en las carreteras del centro de la isla con la única finalidad de matar a los turcos chipriotas civiles que se aventuraban fuera de sus guetos. Lo que se dice un mal bicho.

Spanoulis había progresado a pesar de los muchos que quisieron defenestrarlo a lo largo de los años. Los empleados del NIS decían que en Grecia nada era inamovible excepto el despacho que ocupaba Spanoulis desde hacía más de veinte años.

Korakakis era diferente. Tampoco nadie sabía muy bien a qué se dedicaba. Se suponía que cobraba una nómina de la agencia pero también que actuaba como un agente libre. Había nacido en Alejandría pero tuvo que marchar con su familia cuando Nasser decidió que Egipto iba a ser sólo para los árabes y que por tanto los griegos le sobraban. La sugerencia fue suficiente para que la comunidad emprendiera la huida. Después de más de dos mil años de presencia en el norte de Egipto los griegos se esfumaron de la ciudad que ellos mismos habían fundado.

Los siguientes años Korakakis los pasó en Atenas y cuando alcanzó la mayoría de edad en lugar de estudiar vagó por Europa y América sin oficio ni beneficio conocido. Años más tarde regresó a Grecia para formar parte del grupo de guardaespaldas que protegían a Andreas Papandreu y desde entonces estuvo ligado en mayor o menor medida a los servicios de inteligencia. Algunos decían que estaba implicado en los asuntos más turbios del NIS, aquellos que alternaban la represión de los grupos de extrema izquierda con la financiación de los mismos, dependiendo de qué lado soplara el viento político en Atenas en ese momento. La trayectoria vital de Korakakis había marcado su cuerpo. Envuelto en alguna trifulca juvenil había perdido el ojo izquierdo y el dedo índice de la mano derecha. Así que cuando miraba a alguien con el ojo cristalino o lo apuntaba con un dedo inexistente pero que el interlocutor debía imaginar que aún estaba allí, un escalofrío recorría el cuerpo del señalado. Mientras que Spanoulis era un hijo de puta elegante de modales exquisitos, Korakakis no se molestó nunca en aprender a ser agradable. Formaban una extraña pareja que a menudo se dejaban ver juntos fuera de las cloacas que ocupaban en los pisos superiores. Los analistas, habituados a especular casi siempre sin pruebas, formulaban toda una serie de teorías sobre la amistad que les unía. Las había abiertamente difamatorias. Otras aseguraban que Korakakis hacía el trabajo sucio, con cuchillo o pistola, que Spanoulis ni por edad ni por posición podía llevar a cabo. Pero todas coincidían en insinuar que los asuntos que llevaban entre manos eran patrióticos cuando el bien para Grecia coincidía con el bien para ellos mismos.

- ¿Qué crees que deben estar tramando esos dos? Nunca bajan por aquí.- preguntó en un susurro Sotiris.
- Ni idea. - respondió Gabriel alzando los hombros sin mostrar interés.

- Seguro que nada bueno.- insistió el regordete Sotiris.
- Seguro.- murmuró indiferente su compañero.

De repente los dos hombres giraron por el pasillo que conducía hasta Gabriel y se detuvieron a su a su espalda. El joven giró la cabeza a cámara lenta. Los dos tipos le miraban fijamente. Sonreían simulando afabilidad y eso les daba un aspecto aún más amenazador.

- ¿Es usted Gavriil Kanas? - preguntó Spanoulis cruzando las manos frente a él y alzando levemente los talones, como si estuviera a punto de anunciarle algo muy satisfactorio.
- Sí, soy Gabriel Kanas – corrigió el joven.
- Gabriel...es la traducción de Gavriil al español, ¿no?
- Así es.

Y los dos hombres se miraron con total complicidad.

- Si nos hace el favor de acompañarnos tenemos que comentarle un asunto.
- Claro.

Gabriel se levantó agarrando la chaqueta a lo que Korakakis, que todavía no había abierto la boca, le conminó a dejarla donde estaba porque explicó que iba a ser cosa de poco tiempo. Por un momento la mirada asombrada de Sotiris se cruzó con la suya y fue entonces cuando Gabriel se empezó a intranquilizar. Haciendo un rápido repaso a lo que había hecho y dejado de hacer durante los últimos meses llegó a la conclusión de que en su historial no había nada malo pero tampoco nada bueno que alegar en su defensa. Al menos nada que aquellos dos hombres pudieran conocer. Tal vez algún desliz al eliminar a sospechosos pero el listado de descartados de cada analista se barajaba en la base de datos y no quedaba rastro de quién había hecho el qué. Cuando llegaron al despacho de Spanoulis invitaron a Gabriel a sentarse mientras ellos se colocaban tras el escritorio de pie y a contraluz de la ventana, de manera que sus rostros quedaban ocultos en una especie de sombra de donde no emanaba mas que sus voces. Primero le tranquilizaron explicando que le iban a proponer un cambio de trabajo. Gabriel replicó que no estaba nervioso. De inmediato iniciaron un breve interrogatorio.

- Su madre es española, ¿no es así?
- Sí.
- ¿Y cuál es el apellido de su madre?
- García.

Se lo hicieron repetir varias veces para imitar ellos mismos la pronunciación de forma correcta.

- ¿Es ese un apellido español? - preguntó Spanoulis, a lo que Korakakis respondió afirmativamente anticipándose a Gabriel.
- Bien, ¿dispone usted de un pasaporte español?

Gabriel dudó por un momento. En teoría no debía contar con él puesto que había renunciado a la nacionalidad española al adquirir la griega. En la práctica lo renovaba cada cinco años simulando que seguía siendo tan español como siempre y así poder disponer de dos pasaportes. Siempre es mejor acaparar tantos pasaportes como fuera posible por si el Plan “A” falla de repente. Fuera cual fuera el Plan “B”.

- No hace falta que dude, - le dijo Spanoulis con tono conciliador, para a continuación deslizar sobre la mesa una fotocopia de las dos primeras páginas del pasaporte español de Gabriel.
- No se preocupe, - dijo Korakakis – no estamos aquí por eso.

El tuerto recogió la fotocopia y leyó el nombre en voz alta : “Gabriel Kanas García”. Luego se dirigió a Gabriel. En su tono no había reproche de ningún tipo.

- ¿Cree que el apellido 'Kanas' podría pasar por español? Suena español...
- Lo dudo. Suena a español pero dudo que signifique nada. Bueno – dijo con una sonrisa -, “canas” son los cabellos de color blanco que aparecen con la edad.- respondió Gabriel aún aturdido por el hecho de que dispusieran de una copia de su pasaporte español. Se abstuvo de preguntar cómo lo habían conseguido. A fin de cuentas trabajaba para el NIS y si en algún sitio podían ocurrir esas cosas era precisamente en el NIS.
- ¿Y si cambia la “K” por una “C”? - preguntó mirando el nombre latinizado que aparecía en el pasaporte español - ¿Eso lo haría más español?
- No creo que exista el apellido “Canas”. Tendría que mirarlo en un listín telefónico, pero no creo. No me suena. Tal vez exista pero no lo he oído nunca.
- Es una lástima – rezongó Korakakis - , lo tiene usted todo : nacido en Madrid, con un apellido casi español...Hubiera sido muy fácil pedir un cambio de una letra argumentando un error de traducción.
- Bien, para nosotros es importante que usted parezca a partir de ahora completamente español. - habló Spanoulis - Sabemos que en España utilizan los apellidos del padre y la madre y que además se puede pedir intercambiarlos, de manera que el apellido de la madre anteceda al del padre. No era nuestra idea original pero deberá solicitar el cambio del nombre de Gabriel Kanas García a Gabriel García Kanas. ¿Lo ha entendido?

Gabriel se revolvió en la silla. “¿Deberá?”, qué cojones significaba “deberá”. Intentó contener la ira antes de hablar.

- ¿Me podrían explicar por qué debo cambiar mis apellidos? Parecer español no hace falta que lo parezca, soy medio español. ¿Qué problema hay con mi apellido?

- Korakakis abandonó la penumbra para sentarse en el filo de la mesa, cerca de Gabriel.
- Vamos a ser claros : queremos que sea agente nuestro en Turquía.
- ¿Qué? - replicó el joven abriendo desmesuradamente los ojos.
- Lo que ha oído, - continuó Spanoulis – queremos que haga de agente para nosotros. Ya sabe todo lo que está pasando con la compra de los misiles por parte de nuestros amigos chipriotas y debemos estar preparados para cualquier eventualidad.
- Pues creo que se han equivocado de hombre. Soy un analista sin preparación para ser agente o espía, o como lo llamen.

Spanoulis cogió una carpeta, la abrió y extrajo unos folios.

- Mejor agente. Espía suena sucio aunque sea lo mismo en realidad. En su expediente dice que usted habla, aparte del español y el griego, inglés, francés, árabe, farsi y...turco, ¿es correcto o sólo se trata de construir un curriculum admirable?
- Ustedes saben que es cierto. Me he pasado los tres últimos años traduciendo documentos en esos idiomas. Pero que hable turco no significa que me vaya a prestar a hacer de espía en Turquía. Supongo que se ha de tener algo de preparación al respecto, ¿no?

Los dos hombre estallaron en carcajadas, dando a entender que al menos en lo que a ellos respectaba lo de la preparación era superfluo, incluso, con toda probabilidad hasta para ellos mismos. Incluso cuando reían aquel par de individuos tenían algo de siniestro.

- No le pedimos que coloque bombas ni realice actos de sabotaje. Se trata de ir allí, relacionarse con la gente y saber escuchar. Nosotros le iremos dando indicaciones sobre las personas que debe conocer y qué informaciones nos interesan. Supongo que estará interesado en que Grecia y nuestro aliado Chipre ganen esta partida, ¿o no? - inquirió Spanoulis con una mirada fría.
- ¿Su nivel de turco es bueno? - prosiguió Korakakis, aparentemente importunado por el comentario de Spanoulis.
- Bastante bueno.
- Al principio no podrá demostrar que domina el turco. Es preferible fingir que se ignora el idioma del enemigo y así crean que pueden hablar con total impunidad delante suyo.
- Lo comprendo, pero repito que no estoy muy interesado en el tema.

Spanoulis y Korakakis explicaron al joven el plan ignorando sus reticencias. Por alguna razón estaban seguros de que al final éste aceptaría. Se trataba de enviarlo a Madrid para que se volviera a hacer el pasaporte con el orden de los apellidos alterado. Con el nuevo



pasaporte viajaría a Estambul donde se establecería como representante de varias firmas españolas ficticias especializadas en telecomunicaciones y equipamiento electrónico militar con ganas de introducirse en el mundo de las contrataciones gubernamentales turcas. A partir de ahí era cuestión suya moverse por las esferas de poder y empezar a recabar la información que le solicitaran. Un español levantaría pocas sospechas. Los dos hombres aseguraron que el noventa y nueve por ciento del trabajo de un agente consistía en saber escuchar y sobretodo en discernir lo que es superfluo de lo importante y remitirlo a Atenas. Si se descubría algo que merecía la pena contar el siguiente paso era más complejo ya que para tomar decisiones “los de arriba” - y los dos levantaron el dedo índice para señalar de forma metafórica a quienes estaban por encima de ellos – a veces necesitaban pruebas.

Gabriel preguntó cuánto tiempo debería permanecer en Turquía.

- Hasta que el NIS de por concluida la misión. Puede ser un mes o diez años. Es como si enviáramos un hombre a Marte. Hay que asumir que no hay plazos.
- ¿No sería más fácil recibir la información del consulado de Grecia en Estambul? ¿O de un agente de campo con experiencia?

Los dos hombre cruzaron las miradas por un instante.

- No, no sería más fácil. - dijo Spanoulis con el tono displicente de aquel que no considera necesario dar explicaciones adicionales a un subordinado.
- A veces es mejor confiar en un novato que en los experimentados. Créame. - añadió Korakakis.

Hora más tarde Gabriel salió de una taberna y buscó una de las pocas cabinas que funcionaban en Atenas. Descolgó el teléfono y llamó al móvil de Spanoulis. No tardó ni un segundo en contestar.

- Señor Spanoulis, soy Kanas. He decidido que voy a aceptar. Me voy a Estambul.
- Estupendo. - contestó el hombre sin atisbo de entusiasmo. - Mañana prepararemos el viaje. Venga a mi despacho a las nueve.
- De acuerdo. Otra cosa, para hacer el cambio de orden de los apellidos creo que se debe aportar al registro español alguna razón de peso para llevarla a cabo.
- Diremos que quiere más a mamá que a papá – respondió Spanoulis con tono burlón.- O mejor, dígame que odia a su padre por haberse follado a su novia. Se llamaba Markela, ¿no?

Gabriel sintió que se mareaba mientras intentaba articular una respuesta. Tuvo que apoyar su espalda contra el cristal de la cabina y Spanoulis, que había mantenido un silencio observante, como el sádico que siente placer ante el prolongado dolor de su víctima, largó un breve “hasta mañana” antes de colgar con premeditada lentitud. Si sabían lo de Markela era probable que supieran el resto, se dijo nada más colgar. Al cabo de unos instantes se tranquilizó al pensar que tal vez la información les había llegado a través de su padre. Era probable que hubieran contactado si buscaban papeles para el cambio de los apellidos. Puede incluso que investigaran a la propia Markela. No había notado en las últimas semanas que hubiera sido espiado o vigilado. Tampoco era lógico que le hubieran encomendado la misión en caso de saber más cosas sobre él. De haberlo

sabido haría tiempo que estaría disfrutando de una suite en la cárcel.

Dos días antes de partir hacia Madrid, Spanoulis llamó a Gabriel y le dijo que aquella noche irían a cenar a una marisquería de El Pireo. Le explicó que iban a celebrar el inicio del plan, algo que a Gabriel le pareció tan absurdo que hasta era posible que se hiciera normalmente con todos los agentes griegos que se iniciaban. En Grecia cualquier cosa era posible.

Gabriel llegó sobre las diez de la noche y ante su sorpresa se encontró no solo con Spanoulis y Korakakis, sino también con una grupito de pesos pesados del NIS, a muchos de los cuales sólo conocía a través de los chismes de Sotiris. Allí estaba Kostas Labropoulos del que se decía que antaño había pertenecido al grupo terrorista 17 de Noviembre. Luego estaba un tal Yorgos, sin apellido que él conociera, que era inspector de la policía metropolitana de Atenas, y Doskas que había pasado varios años encerrado en una cárcel búlgara acusado de contrabando o espionaje, no recordaba. Spanoulis se los fue presentando y Gabriel decidió comentarlo con Sotiris cuando fuera posible, a pesar de la prohibición de hablar con nadie sobre el plan. A la cena también acudió Viktor Georgiev, un macedonio nacionalizado griego que nadie sabía para quién trabajaba pero cuyo nombre sonaba siempre como aquel posible imputado que a última hora escapaba de la imputación. Nadie parecía estar limpio. Había algo intranquilizador en aquella manada de hombres que hablaban a gritos, vestían camisas abiertas hasta medio pecho y que no parecían haber recibido en su vida ninguna lección de civismo. Ni de ningún otro tipo.

Tras esperar sentados en la mesa casi media hora llegaron dos camareros portando una enorme bandeja llena de marisco. En el centro habían colocado una langosta de un tamaño descomunal. Tan irreal parecía que Gabriel no pudo por menos de preguntar en voz alta si era verdadera o un mero adorno de plástico. Todos le rieron la gracia porque era el hombre del momento, aunque en realidad la pregunta había sido formulada desde la ingenuidad.

Depositaron la bandeja en el centro de la mesa y la piara de cerdos empezó a manosear las viandas. Sopesaban las piezas y después de un par de tanteos se las llevaban al plato o directamente a la boca. Cuando Spanoulis se deshizo de una conversación con Labropoulos que parecía no ser de su agrado llevó sus manos hacia el marisco y sin ningún miramiento arrancó la langosta del centro para colocarla en su plato. Cuando ya estaba a punto de separar la cabeza de la cola el resto de comensales protestaron airadamente exigiendo un reparto equitativo. Spanoulis sonrió ante la protesta mientras seguía desmembrando la pieza, pero a medida que las protestas arreciaron la sonrisa se convirtió en mueca. Finalmente agarró la langosta con ambas manos, la llevó cerca de su boca y mirando uno a uno a sus amigos escupió sobre ella un asqueroso salivazo. Se hizo un silencio sepulcral. Spanoulis depositó de nuevo la langosta en el centro de la mesa y tras unos instantes, como si nada hubiera ocurrido, todos volvieron a gritar y a meter las manos en la comida sin atreverse a cuestionar la propiedad del crustáceo.

Gabriel estaba petrificado. Miró alrededor y vio a Korakakis sorbiendo ensimismado su sopa de pescado con una sonrisa cínica, disfrutando de lo que acontecía a su alrededor, mientras su ojo de cristal, que no parecía seguir casi nunca los movimientos del sano, parecía clavado en él. Por primera vez sintió que toda aquella historia iba a acabar muy mal.

Acabada la cena llamaron a palmadas al camarero para que sirviera Tsipouro\*. Las conversaciones se fueron apagando. Los ocho hombres parecían ensimismados en sus

\* *Licor anisado que en Turquía se denomina raki*

pensamientos, como si el puro que fumaban y el licor que degustaban no merecieran ser distraídos por las palabras. Korakakis extrajo un sobre largo y blanco del bolsillo interior de su americana. Se lo pasó a su compañero de la izquierda que asintió, abriéndolo para mirar el interior. Se colocó el cigarro en la boca para sacar de su cartera un abultado fajo de dólares que incorporó al sobre. El sobre pasó al siguiente hombre que hizo la misma operación. Al final llegó a Spanoulis que no añadió ni un dólar, tendiéndolo hacia Gabriel mientras decía “para usted”. Gabriel lo agarró y bajo la atenta mirada de los hombres se lo guardó en el bolsillo del pantalón sin mirar qué contenía. No entendía nada.

## **Madrid, España, Marzo de 1997**

Llegué a Madrid a principios de Marzo. En principio no pensaba decirle nada a mi madre pero al final uno de mis amigos habló más de la cuenta y ella misma se presentó en el hotel donde me alojaba. En otra época y en otras circunstancias habría puesto el grito en el cielo por haber elegido un hotel como residencia en Madrid, pero creo que acababa de estrenar nuevo novio y tener a un hijo de casi treinta años deambulando por su casa la habría envejecido más de lo necesario. Y qué demonios, habían pasado casi tres años desde la última vez que nos vimos y no hay nada como la distancia para enfriar una relación aunque sea entre madre e hijo.

La invité a almorzar y aunque al principio se mostró afable y cariñosa poco a poco empezó a sacar el alma de bruja que su corazón encerraba. Por supuesto me reprochó mi prolongada ausencia y que hubiera elegido Grecia para vivir en lugar de quedarme con ella, tal y como el juez había estipulado, como si una custodia judicial pudiera extenderse más allá de la mayoría de edad y de la lógica. Quiso saber si me había casado sin decirle nada a lo que contesté que ya le avisaría si la hacía abuela. Por supuesto torció el rostro al escuchar la palabra 'abuela' y no volvió a mencionar el tema. A los postres, y fue mucho aguantar, preguntó por mi padre y como respondí con evasivas entendió que me había posicionado 'en el lado oscuro' porque para ella sólo cabía una lealtad y le correspondía a ella. Así que se deshizo en improperios hacia el griego malnacido al que achacaba hasta la última pata de gallo que había aparecido en su rostro. No le expliqué nada más, ni la misión que me llevaba a España ni lo que había ocurrido entre mi padre y Markela. Detestaba escuchar de su boca aquella frase triunfal de “¡ves, ya te lo dije!”

La dejé nada más pagar la cuenta. Mientras me alejaba la vi a través de la cristalera del restaurante respondiendo la enésima llamada a su móvil. Me sentí jovialmente huérfano. Hacía años que la maté a ella y luego maté a mi padre, aunque fuera de una manera metafórica. En cualquier caso desprenderme de ellos me hizo sentir ligero.

En el Registro Civil no pusieron ninguna pega en realizar el cambio en el orden de los apellidos. Alguien de la Embajada griega había realizado semanas antes los trámites falseando toda la documentación necesaria y suplantando mi identidad. Una oportuna propina ayudó a acelerar el proceso que solía demorar meses.

Me atendió un desganado funcionario que al tenderme la documentación no me preguntó la razón del cambio, ni siquiera por satisfacer su propia curiosidad. Y así de repente mi persona se diluyó entre los millones de Garcías que pueblan España y el Mundo.

Con mi nuevo nombre bajo el brazo pedí cita para hacerme el pasaporte y a los tres días ya contaba con él. Continuaba apareciendo en el mismo la antigua dirección donde vivía mi madre pero di por sentado que no le importaba que así fuera.

Aproveché el tiempo de espera para hacerme con un listado de empresas turcas. Les enviaba rimbombantes mensajes desde el fax del hotel pidiéndoles que consideraran establecer una relación comercial con mi empresa, especializada en telecomunicaciones, que sería beneficiosa para ambas partes. Tal vez ninguna captó el sentido de las misivas porque transcurridos diez días nadie se había dignado a contestar. No me importaba. En breve aterrizaría en Estambul y pensaba llamar a sus puertas, estuviera invitado o no.

Para despedirme de mis amigos organicé una cena. Sólo quería cerciorarme de que aquel acento extraño que notaron al llegar se hubiera desvanecido. Así fue. Según ellos volvía a ser el madrileño de la calle Santa Engracia que un día les dejó y que ahora, sin que ellos lo advirtieran, se despedía de nuevo para no volver jamás.

### **Estambul, Turquía, abril 1997**

Llegué a Estambul a principios de abril en vuelo desde Madrid con escala en Barcelona. Llevaba en mi mano el único fax que había recibido como respuesta de las decenas que había enviado. Un tipo llamado Umut Bashar me invitaba a establecer relaciones comerciales con su empresa. Por el tono que empleaba y los detalles del membrete entendí que se trataba de lo que mi padre solía llamar en inglés "one man's company", esto es, una empresa constituida por un único individuo.

Mi padre no tenía problemas en iniciar una relación comercial con empresas de ese tipo pero cuando ya conocía el nuevo mercado no dudaba en dar un portazo en las narices al tipo que se había desangrado para introducir sus productos. Lo que antes eran alabanzas ante el esfuerzo del pobre representante de repente se tornaban desprecios. Recuerdo haber respondido al teléfono a más de un incauto que después de haber luchado por introducir la marca se daba cuenta que mi padre lo había reemplazado por una empresa más grande sin previo aviso. Y allí estaba yo escuchando la letanía del pobre árabe, turco o persa que se había convertido en la penúltima víctima de mi progenitor.

Cuando mi padre regresó a Grecia montó una pequeña fábrica de porteros automáticos, antenas, sistemas de megafonía y circuito cerrado de televisión. Lo que él me describía como una gran industria resultó ser una desangelada nave calentada con una estufa de parafina donde cinco operarias albanesas muertas de frío montaban y soldaban componentes electrónicos a tanto la pieza acabada. Cuando se acordaba de mi me enviaba a Madrid fotos de la fábrica tomadas con un ángulo tan favorecedor que la hacían parecer una división de la NASA.

Cuando me ofreció un puesto de trabajo en administración y en el departamento comercial situados ambos, como constaté nada más llegar, en la misma mesa de oficina, no me lo pensé dos veces. Ni siquiera por el hecho de que ofreciera tan elevada dignidad a un chaval de 17 años. Agarré lo que pude meter en una mochila, compré un billete de tren y tras tres días de viaje llegué a Atenas. No le dije nada a mi madre hasta llegar a Italia. Ya había interpuesto una denuncia por mi desaparición y estaba frenética, no tanto por el hecho de no saber nada de mí desde hacía varios días sino por haberse quedado sola. Me aseguró que retiraría la denuncia ahora que sabía mi paradero pero en lugar de eso interpuso otra contra mi padre. Un juez griego malhumorado nos citó a ambos al cabo de unas semanas y cuando comprobó que me había marchado por mi propia voluntad y que en unos días sería mayor de edad se encogió de hombros y me autorizó a continuar en el país.

Si la vida con mi madre había sido una mierda, con mi padre no fue mucho mejor pero al menos gozaba de libertad. Gracias a eso aprendí a valerme por mi mismo y a empezar en los negocios, que era la manera como mi padre llamaba al fraude.

El modus operandi siempre era el mismo. Con su palabrería sin fin y promesas de grandes ventas engatusaba a empresas alemanas e italianas de las que conseguía hacerse distribuidor en exclusiva para Grecia. Incluso le dejaban mercancía en depósito que sólo se debía pagar cuando se vendía. En un breve plazo de tiempo las inocentes suministradoras se daban cuenta de que el producto no se vendía y de que tampoco recibían dinero alguno. Había entonces el consabido intercambio de llamadas amenazadoras hasta que conseguían recuperar los bienes cedidos. O lo que quedaba de ellos. Mientras duraba el intercambio de reproches y acusaciones mi padre no estaba ocioso. Con habilidad de relojero copiaba los modelos que le habían cedido y para cuando

la relación estaba rota de forma definitiva el producto copiado y mucho más barato ya estaba listo para que los clientes siguieran recibéndolo como si nada hubiera ocurrido.

Desde mi punto de vista copiar era mucho más complicado que elaborar un producto desde el principio. Recuerdo las constantes visitas de pequeños fabricantes que le suministraban las cajas de plástico, los cartonajes, las placas de circuito impreso y los componentes. Luego venían los pedidos mínimos y los pagos que mi padre esquivaba con una habilidad increíble. Cuando recibía una llamada del proveedor de componentes electrónicos debía recordar qué excusa le había dado la semana pasada para no repetirme. Más de una vez pagaba con el cheque o el pagaré que acababa de recibir un cliente. Y ahí tenía frente a mi mesa al pobre proveedor al que tenía que hacer creer que no tendría problema en cobrar el dinero de un impronunciable Banco de Siria.

Mi padre nunca tenía dinero. Si hubiera llevado una vida normal habría tirado adelante su empresa obteniendo un sueldo digno. En lugar de eso le gustaba salir con chicas a las que doblaba la edad, la mayoría de ellas tan bobas para creerse que estaban saliendo con una especie de magnate naviero. Nunca comprendí sus esfuerzos por impresionar a muchachas que ya estaban predispuestas a la admiración. Las llevaba a restaurantes caros después de recogerlas en coches que cambiaba cuando pensaba que el color de la carrocería no hacía juego con el cabello de su nueva amante. Así que cada mes la empresa pasaba por tres o cuatro mini crisis. Era el momento en que mi padre entraba en acción. Blandía entonces pilas de catálogos y muestras de productos y se lanzaba a la carretera para vender como un poseso. Nunca fallaba. Al regresar bastaba con mirar el sonriente rostro para darse cuenta que Christopher Kanas había regresado con los bolsillos repletos de pedidos y la empresa podría capear el temporal una vez más.

Un día me hizo un gesto y como un perro al que se invita a subir al coche me hice con el asiento de copiloto del que ya no me bajé. Me gustaba viajar con él. Christopher era un vendedor brillante, un truhán que sabes que te está engañando pero al que no puedes dejar de comprar porque te matan sus chistes de paleta y su simpatía. Mi padre vendía a todas horas. Hasta se vendía a si mismo, preocupado por transmitir una imagen que los hechos venían a negar. Si la mercancía llegaba en pésimo estado era culpa del transportista. Si no funcionaba era cosa de la corriente eléctrica en Grecia, que fluctuaba más de lo debido. Y ante el cliente de rostro sombrío al que ya no podía meterle más embustes se sinceraba con una expresión tan apenada que el pobre hombre le hacía un pedido doble y hasta le pedía perdón.

Un día decidió entusiasmado que Grecia se le había quedado pequeña, que el resto del mundo también estaba lleno de incautos, y que tenía producto y capacidad suficiente para lanzarse al mercado internacional. Le propuse compartir el entusiasmo con las albanesas de dedos entumecidos de la sala de montaje, sarcasmo que no pareció entender. Si ya le acompañé durante años en su coche esta vez hice lo mismo con los aviones. Empezamos tímidamente con un viaje fácil a Chipre. Luego siguieron Egipto, Siria, Turquía, Líbano, Yugoslavia, Israel, Hungría... Cuando cayó el muro de Berlín cruzamos a Bulgaria, a Polonia, a Rusia... Descubrí que me gustaba viajar y empecé a estudiar de forma autodidacta comercio exterior y sobre todo idiomas. Tenía gran facilidad para aprender nuevos idiomas y en pocos años dominaba el árabe, el persa, y el turco, además del francés y el inglés. A mi padre, que sólo hablaba griego e inglés, le incomodaba que hablara con los clientes en su propio idioma mientras él estaba delante pero también reconocía que de esta manera era más fácil engatusarlos.

Christopher les vendía la idea de que el producto que fabricaba en realidad procedía de una fábrica alemana situada en lo que antes era la República Democrática Alemana, un lugar secreto donde durante años se produjo electrónica militar. Incluso llegó a encargarse de embalajes marcados como "made in germany" que suministraba sin ningún pudor. La historia no se sostenía por ningún lado, pero le creían. La empresa comenzó a facturar grandes cantidades y en lugar de cinco albanesas se pudo contratar a diez, eso sí,

calentadas con la misma estufa de parafina. Había más dinero pero mi padre seguía con los mismos problemas financieros porque también sus gastos crecieron. Sus novias eran cada día más espectaculares e inteligentes, y las formas de impresionarlas iban en aumento supongo que de forma proporcional a la disminución de su atractivo personal por esas cosas de la edad. Lo cierto es que la necesidad de dinero en efectivo aumentaba y no era rara la vez en que hacíamos un viaje para visitar a uno de nuestros distribuidores y también, a sus espaldas, a esa competencia a la que habíamos jurado no vender jamás.

Umut Bashar me esperaba en la terminal del aeropuerto Atatürk de Estambul. Sólo con verle ya supe que era un one man's company. De poca estatura, mayor de sesenta y cinco años, gruesas gafas de pasta y aspecto de profesor universitario retirado. Más tarde me explicó que en efecto había sido profesor universitario de Economía y cuando se retiró, debido a la exigua pensión, se había tenido que buscar un trabajo extra intentando aplicar sus conocimientos de economía al comercio. Además tenía dos hijas estudiando en los Estados Unidos y eso casi le hacía llorar de pobreza. No hizo falta que me explicara que hacer dinero era más complicado de lo que parecía en principio. Si hubiera sido de otro modo todos los economistas del Mundo serían millonarios. Me imaginaba a aquel hombrecillo lidiando con los clientes semi mafiosos de mi padre en Bulgaria y Rumanía y no pude por menos de sonreír.

Bashar hablaba un inglés correcto aunque carecía del suficiente vocabulario para dar fluidez a su discurso. Más de una vez estuve tentado a colocar la palabra turca correcta en la frase pero recordé quién era yo y que debía simular ser un español que únicamente hablaba, aparte de mi idioma, el inglés.

Estuvimos un par de horas en la terminal del aeropuerto esperando a otros proveedores de Bashar que llegaban en diferentes vuelos. Me preguntó del modo más cortés posible si me importaba esperar y le dije que no era problema. Me divertía ver a Bashar corretear como una ardilla arriba abajo buscando a sus contactos y consultando constantemente el gran tablero de llegadas. Ciertamente era como un pececillo de acuario nadando entre tiburones. Finalmente los otros vendedores llegaron. Uno de ellos era holandés y el otro taiwanés, aunque ambos residían en los Estados Unidos. Al igual que yo, no conocían a Bashar personalmente y si habían acudido a Estambul había sido por un fax remitido por el hombrecillo invitándolos a establecer algún tipo de relación comercial. También captaron de inmediato que Bashar era un don nadie y me enviaron miradas llenas de interrogantes que respondí con un gesto que venía a decir que yo había sido el primero en picar. La desazón del taiwanés y del holandés era mayor porque ellos tendrían que justificar ante sus jefes el gasto del viaje. A mi me era igual. Me interesaba conocer gente de Turquía que me explicara cosas y Bashar parecía un gran hablador. Nos subió al coche para llevarnos a un lujoso hotel muy cercano al aeropuerto. Se había tomado la libertad de hacernos una reserva en el mismo porque tendríamos “un gran descuento” al ser el director amigo personal suyo. Los tres hombres tratamos de escabullirnos pero Bashar empezó a sudar y temblar como un pollo al que llevan al matadero. Casi suplicó que nos quedáramos sin querer explicar la razón de su insistencia. Me di cuenta que había acordado con el hotel una comisión por cada cliente que llevara. ¿Qué podía ganar con eso? ¿cien dólares con cada uno de nosotros? Miseria llama a miseria. Los tres protestamos, así que pidió que el Director acudiera al mostrador para intentar obtener una rebaja. Estuvieron discutiendo un rato en la oficina de recepción, lejos de nuestros oídos. Bashar regresó con gesto triunfante : había logrado una rebaja del diez por ciento. De nuevo nos negamos. Y a la siguiente oferta. Y a la contra oferta. Al final el hombrecillo nos dio el último descuento, con el que no cabía negociar. Debía ser cierto porque el brillo de la comisión se había apagado en su pupila, ese que tiene la forma del símbolo del dólar. El precio se había rebajado tanto que la habitación apenas nos salía más cara que

en un hotel de tres estrellas. Cuando el anciano economista se dio la vuelta con notable tristeza para comunicar al director que habíamos aceptado quedarnos, el taiwanés y el holandés chocaron los cinco como si hubieran logrado una gran proeza.

La recepcionista pidió nuestros pasaportes y una tarjeta de crédito que garantizara el pago. De repente me di cuenta de que no había previsto esa eventualidad. Mi idea era abrir una cuenta corriente en un banco turco y sobre ella solicitar una tarjeta de crédito. La única tarjeta que poseía era la que me había dado el Banco de Atenas en donde figuraba mi nombre auténtico. No la podía utilizar más que en cajeros automáticos puesto que en mi pasaporte español el orden de los apellidos había sido alterado. Además sería difícil explicar el por qué poseía una Visa de un banco griego. Tras unos segundos de pánico controlado indiqué a la recepcionista que sólo disponía de una tarjeta de crédito personal y que prefería pagar con dinero en efectivo. Me dijo que le era indiferente puesto que no efectuarían ningún cargo, pero sin introducir un número de Visa el sistema de reservas no funcionaba. Insistí : abonaría el importe de tres noches por adelantado. Y ella de nuevo se negó porque sin el paso de la tarjeta por la ranura del lector era del todo imposible formalizar la reserva. Al final alrededor mío tenía a Bashar, al director del hotel además de los dos vendedores, todos haciendo sugerencias sobre la manera de solucionar el tema. Nadie entendía mi reticencia a dejar la tarjeta personal si no se iba a realizar cargo alguno, pero insistí que si el hotel no aceptaba el pago en metálico adelantado que ofrecía como fianza lo lamentaba mucho pero me iba a buscar alojamiento en el centro de Estambul. Bashar, casi llorando, tiró su propia visa sobre el mostrador mientras yo le daba cuatrocientos cincuenta dólares en efectivo. Como un bebé que tras una rabieta consigue el ansiado juguete se enjuagó las lágrimas, miró embelesado el montón de billetes verdes mientras los contaba para hacerlos desaparecer en un segundo en el bolsillo interior de la americana. Los tres siguientes días me corroboraron lo que ya había intuido nada más conocerle. Bashar era un pobre hombre metido en un mundo implacable, un jubilado jugando su pensión en la Bolsa cuando le habría ido mejor si hubiera mirado desde la distancia las grandes obras de la vía pública, como hacen todos los ancianos ociosos. No sólo no tenía dinero para comprarnos productos – los del taiwanés y el holandés reales, los míos ficticios – sino que además pretendía colocarnos manufacturas de fabricantes turcos ansiosos por exportar y con ello recibir las ansiadas divisas. En cada comida, obviamente celebrada en el hotel para exprimirnos algunos dólares más, asistíamos entre incrédulos y divertidos a una procesión de personajes convocados por el anciano que tenían la visionaria esperanza de llevar sus productos a lugares tan “necesitados” de manufacturas baratas como Taiwán o China. Desfilaban fabricantes de toda clase : de estufas, de aparatos de aire acondicionado, de calderas para calefacción, hasta de neveras para minibares de hotel. Eran pobres hombres que vestían trajes de los años setenta que no se ponían desde el día de su boda y que miraban el lujoso restaurante del hotel como si hubieran sido invitados a una nave espacial. Me los imaginaba en un gran local cochambroso perdido en algún lugar de Anatolia, dando martillazos a sus calderas y herrajes, soñando con viajar a Estambul y conocer a extranjeros que les comprarían sus productos para recibir los ansiados dólares. Todo gracias al bey (señor) Umut Bashar. Les recuerdo llegar, sentarse a la mesa y empezar a largar la bondad de su fábrica, como si rezaran una letanía aprendida durante el camino a Estambul. Otros se presentaban con prepotencia, preguntándonos por nuestra capacidad de compra y con la libreta abierta de par en par donde ya habían pre inscrito pedidos por unidades de contenedores. Después de un día la capacidad de sorpresa había menguado y con ella la diversión que podíamos extraer de aquella extraña situación. Así que el holandés desapareció durante toda una mañana y el taiwanés anduvo perdido hasta que apareció a la hora del almuerzo ondeando un recorte de periódico en su mano. Se trataba de una noticia sobre una feria de electrónica que se celebraba al norte de la ciudad y pidió a Bashar que le llevara hasta ella. El anciano le replicó que era imposible puesto que teníamos la agenda repleta de

entrevistas con otros suministradores de Anatolia.

- Oh vamos, - graznó el taiwanés del modo en que hablan slang los norteamericanos -, ¿no pensará de verdad que vamos a comprar ninguna de estas mierdas que nos ofrecen?

El rostro de Bashar palideció. Era igual que si le hubieran dicho que las dos hijas que tenía estudiando en los Estados Unidos en realidad no asistían a clase si no que se prostituían en Rodeo Drive y además se habían quedado embarazadas de dos yonquis. Sentí pena. No una pena que quisiera o pudiera expresar, ni mucho menos remediar. Aprendí de mi padre que los débiles, por muchas ganas que tengas de protegerlos, al final siempre pisan una mina. Tal vez no esta, ni aquella, pero una bien gorda que encontrarán a la vuelta de la esquina y que seguramente será más dolorosa y tal vez definitiva. Tratar de evitarlo, decía mi padre, era malgastar el tiempo.

Estaba claro que Bashar había montado su particular cuento de la lechera donde por su posición de intermediario tendría el derecho a cobrar una comisión por cada venta realizada. Supuse también que sólo tres incautos habíamos respondido a su canto de sirena y que de alguna manera había embaucado a un montón de fabricantes de Anatolia asegurando que él, Umut Bashar, gracias a sus conocimientos del inglés y de economía, era el mesías que esperaban. No creo ni siquiera que su intención fuera defraudar a nadie. Estoy seguro que estaba convencido que la ecuación funcionaría porque así lo necesitaba, nada más.

El taiwanés convenció a un resignado Bashar de que nos llevara en su coche al otro lado de la ciudad. Durante el viaje el viejecito trataba de convencernos de que debíamos permanecer en la feria de electrónica sólo un par de horas y regresar al hotel a la hora de la cena y así continuar con las absurdas presentaciones. El holandés, que por regla no hablaba y sólo usaba su boca para dibujar una sonrisa maliciosa le sugirió que sus amigos de Anatolia fueran a la feria en lugar de tener nosotros que regresar al hotel. Bashar contestó que no era posible porque aquella gente tenía un conocimiento limitado de Estambul y si ya había sido difícil explicarles el camino al hotel, más lo sería hacia una feria que ni él mismo sabía con exactitud dónde se encontraba. El taiwanés, a medida que acumulábamos kilómetros en dirección contraria al aeropuerto, se sumó a la petición de reconducir las reuniones al nuevo emplazamiento. Era absurdo regresar. Bashar empezó a sudar a pesar del frío. Su mundo de pequeñas comisiones se debía estar desmoronando por dentro si no lo había hecho ya. A pesar de sus débiles protestas sacó un anticuado móvil motorola y empezó a llamar a los convocados para cambiar el punto de encuentro. El chino, sentado en el asiento trasero me dió una palmadita en el hombro.

- 'Amigo', - dijo en español para luego proseguir en inglés – ¿a qué le recuerda este paisaje?

Miré a mi derecha y no vi nada en especial. Un montón de casas anodinas construidas sobre ondulantes colinas, y cada cien metros más o menos se alzaba el minarete de una mezquita, el perfil característico de la ciudad de Estambul. Le dije que no me recordaba a nada.

- Fíjese bien. Es Cabo Cañaveral. Los minaretes de las mezquitas son los cohetes, ¿no lo ve?- explicó muerto de risa.
- Muy agudo.- murmuré.

Llegamos a la ansiada feria de electrónica. Se hallaba en las afueras, ocupando el interior



de una nave industrial prefabricada, fría y húmeda. Dentro se distribuían en dos largos pasillos poco más de cincuenta expositores alojados en stands idénticos. No me resultaba un paraje extraño. Durante los años en que di vueltas por los Balcanes y Oriente Medio vi centenares de ferias idénticas, emplazadas en lugares destartados donde potentes multinacionales compartían espacio con otras empresas locales que a menudo no tenían nada que ver con el sector que se promocionaba. Unas y otras se miraban con el recelo del que va a un baile de pueblo vestido de smoking y viceversa. Fuera lloviznaba y el gris del cielo de Estambul impregnaba el interior de la nave. Bashar, unos pasos delante de los nuestros, abrió los brazos de par en par en el pasillo central como mostrando la desilusión que le producía el lugar, desilusión que pretendía contagiarnos. En lugar de eso los dos comerciales se escabulleron alborozados entre los visitantes prometiendo volver en una hora para celebrar las entrevistas acordadas. Tanto Bashar como yo sabíamos que no volverían.

Vagamos juntos por los stands hasta que Bashar se topó con un tipo que tomaba té en el interior de uno de ellos. Era un hombre menudo, muy delgado, con barba rala y mirada displicente. Le recordé de inmediato, habíamos comido juntos el día anterior. Era el hombre altivo que pretendía que alguno de nosotros le comprara por contenedores – nada menos que contenedores de cuarenta pies - la basura que fabricaba. Nos invitó a sentarnos y a un té bien caliente. Nadie se detenía a mirar la caseta atestada de parabólicas y si lo hacía un comercial vestido con un traje oscuro de rallas y chaleco a juego, compañero del anterior, los espantaba sin quererlo con suma rapidez. El individuo habló unos minutos con Bashar. Aún tenía esperanzas de colocar sus productos empleando la misma arrogancia con la que se dirigió a nosotros el día anterior. Luego se excusó explicando que tenía una reunión con un cliente.

- Oh, - exclamó Bashar acompañando la exclamación con un gesto de la mano cuando el tipo se había alejado lo suficiente -, es el tipo de persona con la que tienes que trabajar pero te arrepientes cada vez que lo haces.
- ¿Por qué lo dice?
- Es un radical. ¿Sabe que cierra sus empresas los viernes? Eso está prohibido aquí desde hace muchos años. Es un musulmán radical, y eso que siempre vive en Holanda. Estoy cansado que adoctrine como si yo no fuera un buen musulmán.

Pasado el enfado se sentó en la silla que había dejado vacía el arrogante y me invitó a irme si así lo deseaba. Parecía vencido y defraudado. En lugar de aceptar su ofrecimiento me senté a su lado sirviéndonos a ambos otro té del termo del mostrador.

- ¿Sabe? , - me dijo Bashar sin apartar la vista de la gente que paseaba entre las casetas – nos acabamos de conocer y usted me inspira más confianza que Li y Holt (se refería al taiwanés y al holandés). Lamentablemente usted se dedica a un sector muy especializado y dudo que le interesen los minibares para hotel, ¿me equivoco?
- Lo siento, las empresas que represento se dedican a las telecomunicaciones aplicadas al armamento y no creo que estén interesadas. De todas maneras para mí es importante tener contactos en Estambul como usted.

Bashar se encogió de hombros. Con su gesto tal vez quiso decir que prefería que le hiciera un pedido de neveras antes que considerarlo un contacto. Estuvimos hablando un buen rato. Me explicó que quizás era mejor que me estableciera en Ankara para estar

cerca de los Ministerios aunque precisó que Estambul era más divertida para un tipo joven como yo. De todas maneras ir a Ankara no era difícil por autopista, tren o avión. Me dio una tarjeta por si le necesitaba para buscar oficina y alojamiento. De repente saltó de la silla para estrechar la mano a una chica joven que parecía conocer. No era muy alta, morena, con los ojos con un toque ligeramente asiático y media melena corta y planchada como recién salida de la peluquería. Bashar nos presentó. Se llamaba Birgül. Era indudable que Bashar estaba orgulloso de conocerla porque la presentó, inflado como un globo, como directora de un departamento de-no-se-que de una importante empresa turca y además una gran amiga. Bashar me explicó que debería estar en contacto con ella ya que una división de dicha importante empresa fabricaba armamento. Me pareció magnífico. Debía ser más joven que yo. Demasiado joven para ser directora de algo. Y demasiado encantadora también. Trataba a Bashar con enorme deferencia y cuando este le explicaba la maleducada actuación de Holt y Li chasqueaba la lengua al modo en que los orientales reprueban las cosas que no son de su agrado. Alegando prisa verdadera se despidió de Bashar con un nuevo apretón de manos deseándome lo mejor para la aventura turca que emprendía y pidiéndome que contactara con ella en cuanto estuviera establecido. Lamenté no poder darle una tarjeta mientras ella me tendía la suya. La vi alejarse entre la gente sin volverse en ningún momento y Bashar, a mi lado, me apretó el brazo diciéndome con picardía: "las mujeres turcas se miran pero no se tocan". Intenté defenderme de la insinuación pero Bashar esbozó una sonrisa dándome a entender que lo entendía todo.